

ejecutivo para el ejército del Norte, avivaron los deseos de los que estaban dispuestos á prescindir de toda consideracion de actualidad y hasta de la oposicion restuelta de los personajes mas importantes del partido alfonsino. La falta de pruebas impedia al gobierno proceder contra esos generales; pero considerados como perturbadores, se acordó la medida gubernativa de alejarles, para desconcertar sus proyectos y ejercer sobre sus personas mas exquisita vigilancia; se encomendó la ejecucion al capitán general de Madrid; rechazó esta autoridad la denuncia respecto al general Martínez de Campos declarándola calumniosa, respondiéndole en último término de la conducta del general, por lo que fué suspendida la providencia contra él dictada, y con razon, pues en efecto, pocos dias antes habia escrito Martínez de Campos á doña Isabel y al señor Cánovas, diciéndoles que, visto que llegaba la época final de su compromiso, y que no tenia medios para hacer el pronunciamiento que produjese la restauracion, desistia de todo trabajo y se retiraba á Avila, para lo que pedia pasaporte al general Primo de Rivera.

Los trabajos del conde de Balmaseda y de otros seguian sin interrupcion, mas nada se decidia en definitiva, y ya el 23 de diciembre, escribió el brigadier Daban al general Campos, que únicamente podia comprometerse á iniciar el movimiento hasta fin del mes, cuya carta decidió al general, que obrando solo por su cuenta, contestó á Daban que arrojando

de mi madre, hasta que, niño aun, pisé yo con todos los míos el suelo extranjero.

Huérfana la nacion ahora de todo derecho público, é indefinidamente privada de sus libertades, natural es que vuelva los ojos á su acostumbrado derecho constitucional y aquellas libres instituciones que ni en 1812 la impidieron defender su independencia, ni acabar en 1840 otra guerra civil. Debióles, además, muchos años de progreso constante, de prosperidad, de crédito y aun de alguna gloria, años que no es fácil borrar del recuerdo, cuando tantos son todavía los que los han conocido. Por todo esto, sin duda, lo único que inspira ya confianza á España, es la monarquía hereditaria y representativa, mirándola como irremplazable garantía de sus derechos é intereses, desde las clases obreras hasta las mas elevadas.

En el entretanto, no solo está hoy por tierra todo lo que en 1868 existia, sino cuanto se ha pretendido desde entonces crear. Si de hecho se halla abolida la Constitucion de 1845, hállase tambien de hecho abolida la que en 1869 se formó sobre la base, inexistente ya, de la monarquía. Si una Cámara de senadores y diputados, sin ninguna forma legal constituida, decretó la república, bien pronto fueron disueltas las únicas Cortes convocadas con el deliberado intento de plantear aquel régimen por las bayonetas de la guarnicion de Madrid.

Todas las cuestiones políticas están así pendientes, y aun reservadas por parte de los actuales gobernantes, á la libre decision del porvenir. Afortunadamente la monarquía hereditaria y constitucional posee en sus principios la necesaria flexibilidad, y cuantas condiciones de acierto hacen falta, para que todos los problemas que traiga consigo su restablecimiento, sean resueltos de conformidad con los votos y la conveniencia de la nacion. No hay que esperar que decida ya nada de plano y arbitrariamente. Sin Cortes no resuelvan los negocios arduos los príncipes españoles allá en los antiguos tiempos de la monarquía; y esta justísima regla de conducta no he de olvidarla yo en mi condicion presente, y cuando todos los españoles están ya habituados á los procedimientos parlamentarios. Llegado el caso, fácil será que se entiendan y concierten sobre todas las cuestiones por resolver, un príncipe leal y un pueblo libre.

Nada deseo tanto como que nuestra patria lo sea de verdad. A ello ha de contribuir poderosamente la dura leccion de estos tiempos que, si para nadie puede ser perdida, todavía menos deberá serlo para las honradas y laboriosas clases populares, víctimas de sofismas pífidos ó de absurdas ilusiones. Cuanto se está viendo enseña que las naciones mas grandes y prósperas, donde el orden, la libertad y la justicia se adunan mejor, son aquellas que respetan mas su propia historia. No impide esto, en verdad, que atentamente observen, y sigan con seguros pasos, la marcha progresiva de la civilizacion. ¡Quiera, pues, la Providencia Divina que algun día se inspire el pueblo español en tales ejemplos!

Por mi parte, debo al infortunio el estar en contacto con los hombres y las cosas de la Europa moderna; y si en ella no alcanza España una posicion digna de su historia y de consuno independiente y simpática, culpa mia no será, ni ahora ni nunca.

Sea la que quiera mi suerte, no dejaré de ser buen español, ni como todos mis antepasados buen católico, ni como hombre del siglo verdaderamente liberal.

Es su afectísimo, ALFONSO DE BORBON.
York-Town (Sandhurst) 1.º de diciembre de 1874.»

dificultades él haria el pronunciamiento. Salió de Madrid en la noche del 28, y al siguiente dia, en las afueras de Sagunto al frente de la brigada Daban, proclamó rey de España á don Alfonso XII. Al regresar á Sagunto, telegrafió al presidente del Consejo de ministros y ministro de la Guerra, diciéndole que tenia la alta satisfaccion de anunciar la proclamacion que habia hecho para que adoptasen como programa el manifiesto del príncipe. Adhirióse al movimiento el general Jovellar, por la necesidad de conservar unido el ejército del Centro para hacer frente á la guerra civil é impedir la reproduccion de la anarquía; se puso á la cabeza del pronunciamiento; negóse á hacerlo el general Castillo que se hallaba de capitán general de Valencia, manifestando que no le permitia la severidad de sus principios militares ni los de su honor faltar á los deberes que tenia respecto al gobierno que le habia confiado aquel mando, negándose repetida y resueltamente á ponerse al lado de los que siempre fueron sus amigos, no se decidió á hacerles frente, y se limitó á pedir al gobierno le relevara.

Terrible contratiempo era el pronunciamiento de Sagunto para las operaciones militares iniciadas, y rudo golpe recibia el gobierno en tan críticas circunstancias, aunque no imposible, ni mucho menos, de remediar, porque una corta brigada no era el ejército, y con energía y actividad podia ahogarse en su origen la insurreccion. Comunicáronse al efecto órdenes oportunas, y avisado el jefe del Poder ejecutivo, adoptó á su vez y con relacion al ejército del Norte las que creyó convenientes para prevenir y resistir; tomaron tambien sus providencias las autoridades de las provincias, enviando todas sus protestas de adhesion incondicionalmente, incluso el capitán general de Castilla la Nueva; pero la evolucion del general en jefe del ejército del Centro cambió el aspecto de todo y decidió la cuestion; no se iba á contrarestar ya á una brigada, sino á un ejército.

En Madrid, radicales y republicanos ofrecieron decididamente al gobierno su cooperacion y la de las masas de que disponian; mas tales seguridades se les dieron, que creyeron se ahogaria la sublevacion. Esto no obstante, se pusieron de acuerdo con el gobernador civil y hasta llegó á hacerse una distribucion de fuerzas para el caso de que hubiera que apelar á las armas, no dudando del triunfo, porque contaban, dijeron, con algunas tropas de infantería y caballería de la guarnicion, con que los ingenieros no procederian contra el gobierno, y que no les faltaban tampoco inteligencias en ciertas clases del cuerpo de artillería. Si hubiera llegado el caso de obrar, hubieran experimentado tristes desengaños. Se prendió á los señores Cánovas del Castillo, Escobar y otros, por seguir la costumbre de prender á los que se consideran jefes ó partícipes de una insurreccion, y ninguna de las dos cosas eran: no se prendió á los que verdaderamente conspiraban y se reunian, no queriendo estar con ellos el señor Cánovas, hombre de ley, que tenia completa seguridad en el triunfo de la causa que dirigia, y comprendia lo innecesario de la fuerza, que suele ser el recurso de la falta de razon, y consideraba el pronunciamiento como una calaverada.

Necesitábase saber la actitud del ejército del Norte, donde se hicieron aprestos para acudir en auxilio del gobierno; disponiéndose desde luego ocho batallones divididos en dos brigadas para que marchasen sobre Madrid, por Zaragoza y Miranda, quedando dispuestos seis batallones para dirigirlos donde conviniese; pero no todos pensaban en el ejército de la misma manera: se fueron creando dificultades para el envío de aquellas fuerzas, precipitábase los sucesos en Madrid; declarado ya el capitán general abiertamente contra el gobierno, tuvo efecto entonces la famosa conferencia telegráfica de varios ministros con el duque de la Torre, en la que se demostraron los levantados sentimientos que les inspiraban, y terminada, cedió el gobierno el puesto al capitán general de Madrid que se impuso en nombre de la guarnicion, protestando el presidente del Consejo de ministros de aquel acto de fuerza.

Lamentóse el ministerio de que cuando se movia el ejército del Norte para librar una batalla decisiva contra las huestes carlistas, utilizando los inmensos sacrificios exigidos al país y que este habia otorgado con tan noble patriotismo, se pro-

REYES DE ESPAÑA



ejecutivo para... los deses de los que se habian...
 Al regresar á Sagunto, telegrafió al presidente de ministros y ministro de la Guerra, diciéndole que le daba la alta satisfacción de anunciar la proclamación que habia hecho para que adoptasen como programa el manifiesto del príncipe. Adhirióse al movimiento el general Jove... por la necesidad de conservar unido el ejército del Centro para hacer frente á la guerra civil é impedir la reproducción de la anarquía; se puso á la cabeza del pronunciamiento; negóse á hacerlo el general Castillo que se hallaba de capitán general de Valencia, manifestando que no le permitía la severidad de sus principios militares ni los de su honor faltar á los deberes que tenia respecto al gobierno que le habia confiado; aquel mando, negándose repetida y resueltamente á ponerse al lado de los que siempre fueron sus amigos, no se decidió á hacerles frente, y se limitó á pedir al gobierno le relevara.

Terrible contratiempo era el pronunciamiento de Sagunto para las operaciones militares iniciadas, y rudo golpe recibía el gobierno en tan críticas circunstancias, aunque no imposible, ni mucho menos, de remediar, porque una corta brigada no era el ejército, y con energía y actividad podía ahogarse en su origen la insurrección. Comunicáronse al efecto órdenes oportunas, y avisado el jefe del Poder ejecutivo, adoptó á su vez y con relación al ejército del Norte las que creyó convenientes para prevenir y resistir; tomaron también sus providencias las autoridades de las provincias, enviando todas sus protestas de adhesión incondicionalmente, incluso el capitán general de Castilla la Nueva, pero la evolución del general en jefe del ejército del Centro cambió el aspecto de todo y decidió la cuestión: no se iba á contrarrestar ya á una brigada, sino á un ejército.

En Madrid, radicales y republicanos ofrecieron decididamente al gobierno su cooperación y la de las masas de que disponían; mas tales seguridades se les dieron, que creyeron en ellas, y la sublevación, hasta no bastante, se pusieron de acuerdo con el gobierno civil y hasta llegó á hacerse una declaración de fe en el caso de que hubiera que apelear á las armas en el momento del triunfo, porque contaban, muchos, con algunas tropas de infantería y caballería de la provincia, que por no haberse procedido contra el gobierno, y que no les faltaban tampoco inteligencias en ciertos puntos del cuerpo de artillería. Si hubiera llegado el momento de la guerra, hubieran experimentado tristes desengaños. Se avisó á los señores Cánovas del Castillo, Escobar y otros, para que se apresurasen de prender á los que se consideran como autores de una insurrección, y ninguna de las dos cosas se hizo, ni se pensó á los que verdaderamente conspiraban y se reunían, no queriendo estar con ellos el señor Cánovas porque él se sentía completa seguridad en el triunfo de la causa que dirigía, y comprendía lo innecesario de la fuerza, que sería el recurso de la falta de razón, y se consideraba el pronunciamiento como una calaverada.

En el momento en que se retiraba el ejército del Norte, donde se habian reunido para acudir en auxilio del gobierno; dispuso el general D. Juan de los Rios batallones divididos en dos columnas que se dirigieron sobre Madrid, por Zaragoza y Avila. El general Jove mandó seis batallones para dirigirlos al punto de reunión, y se pensaban en el ejército de la frontera, que habia sufrido dificultades para el envío de tropas. En Madrid, se sabian los sucesos en Madrid; desquelas que respectivamente se hacian contra el gobierno, que atentamente observaba, y que se habian de celebrar una conferencia telegráfica de siva de la civilización. En la noche de la Torre, en la que se decía se inspiró el pueblo español en la guerra civil, y las cosas de la Europa, cuando se movía el ejército de posición digna de su historia, y se habian de celebrar una conferencia telegráfica de siva de la civilización. En la noche de la Torre, en la que se decía se inspiró el pueblo español en la guerra civil, y las cosas de la Europa, cuando se movía el ejército de posición digna de su historia, y se habian de celebrar una conferencia telegráfica de siva de la civilización.

Por mi parte, dese al momento de poner el ejército de posición digna de su historia, y se habian de celebrar una conferencia telegráfica de siva de la civilización. En la noche de la Torre, en la que se decía se inspiró el pueblo español en la guerra civil, y las cosas de la Europa, cuando se movía el ejército de posición digna de su historia, y se habian de celebrar una conferencia telegráfica de siva de la civilización.

Sea la que quiera mi suerte, yo me quedo en mi tierra, y los mis antepasados buen catalán, y como hombre del siglo, ramente liberal.
 Es su afectísimo, Alfonso de Borbon.
 York-Town (Sandhurst) 1.º de diciembre de 1874.

REYES DE ESPAÑA



D. ALFONSO XII.

B. Maura, D.º y G.º 1879

nunciarian al frente del enemigo Campos y Jovellar: creyó el gobierno que aquel grito no tendría eco en los ejércitos del Norte y Cataluña, ni en ninguno de los diversos distritos militares, y se equivocó, pues los mismos jefes que el 29 protestaban contra el pronunciamiento, se adherían á él el 30, y muchos con entusiasmo.

Alegre Lizárraga con el pronunciamiento alfonsino en el distrito de su mando, se dispuso á aprovechar las disidencias que suponía habría entre los liberales, y fallido este cálculo, intentó impedir el paso de don Alfonso á Madrid, tratando además de apoderarse del real sitio de Aranjuez y romper el ferro-carril: nada de esto consiguió, y terminó su mando entregándole á Dorregaray que no se mostró satisfecho del estado en que lo hallaba todo, proponiéndose extirpar abusos y establecer el orden posible.

Nombrado Jovellar ministro de la Guerra, le relevó en la jefatura del ejército del Centro el general don Genaro de Quesada, que se halló al frente de mas de 33,000 infantes, 1,294 caballos, 54 piezas de artillería y otras fuerzas. Concertó con Dorregaray un canje de prisioneros; siguió otras negociaciones con algunos jefes carlistas para conseguir de ellos la misma adhesión que de Cabrera, lo cual costó la vida á algunos, y emprendió sus operaciones. Gamundi y Boet se apoderaron de Daroca despues de diez horas de porfiada lucha, y al ser llamado Quesada á Madrid para encomendarle el mando del ejército del Norte, le reemplazó Echagüe en el del Centro. Sostuvieronse encuentros con mas ó menos fortuna en la Cenia, Cervera del Maestre, Cherta, Tragó y Selva; no pudo Echagüe realizar todos sus planes, por lo mucho que el gobierno había disminuido sus fuerzas, y esto le obligó á dimitir el mando, en el que le sustituyó Jovellar.

Dorregaray en tanto, asustado de la perturbacion en que todo estaba en el Centro, de los robos y de los crímenes que se cometían, trató de poner algun orden, hizo ejemplares castigos, efectuó fusilamientos que debió estar mas probada su justificación, y ya en operaciones, sostuvo bizarramente la acción de Alcora, en la que se notó lo mejor dirigidos que estaban los carlistas, así como en los movimientos que Dorregaray dispuso.

Jovellar iba al Centro con las fuerzas y elementos necesarios para terminar allí la guerra, como así lo anunció el 10 de junio al saludar al ejército; fortificó algunos puntos y obligó al grueso de los carlistas á reconcentrarse en el Alto Maestrazgo, despues de haberse visto en la necesidad de ceder todo el resto del territorio en que se enseñoreaban. Ocupaban un frente de operaciones angular, cuyo vértice era Mosqueruela y cuyos lados se extendían hácia el Norte, por Cantavieja, Tronchon y Castellote, y hácia el Este el otro por Villafranca, Ares, Catí y Chert. Buena situación para defender á Cantavieja; propósito tanto mas indicado por los carlistas cuanto que se dejó que los fuertes de Flix y Miravet cayeran en poder del general Martínez de Campos, que acudió de Cataluña, sin decidirse su enemigo para protegerlos, á alejarse tres jornadas de aquella plaza, temeroso del avance sobre ella, que consideró inminente, á pesar de los preparativos que requería.

Dejando Martínez de Campos guarnecido á Miravet, marchó á Mora de Ebro, siguió con solo su cuartel á Alcañiz, donde conferenció con el gobierno, y continuó hácia Cantavieja. Flix se había rendido á las fuerzas que envió con Gamir, obteniendo este triunfo en 16 horas, si bien distaba mucho Flix de ser tan fuerte como Miravet, ni estaba artillado.

Limitado el terreno de los carlistas, crecía la importancia de Cantavieja, pues aunque no era una gran plaza fuerte, ofrecía alguna defensa, pudiendo servir de base de combinadas operaciones. Allí se esperaba dar el último golpe á los carlistas del Centro y allí se dirigió Jovellar, y á encontrarse con Dorregaray que se hallaba en Villafranca del Cid. Chocaron aquí; generalizóse el fuego, extendiendo la línea de combate las nuevas fuerzas de unos y otros contendientes, que se iban allegando; dieron los Guías del Centro dos brillantes cargas á la bayoneta obteniendo momentáneas ventajas, y viendo Dorregaray que su infantería escaseaba de municiones,

púsose á su cabeza, dispuso dos cargas á la bayoneta que obligaron á retroceder á los liberales; pero reforzados estos, pelearon con tal empeño extendiendo su línea por ambos flancos, que se retiraron los carlistas en la mas completa dispersion. Villalain halló la muerte en aquella acción, y Cucala se batió bizarramente. Unas 300 bajas experimentaron ambos combatientes.

Nada podía ya detener la marcha de Jovellar á Cantavieja ante la que se abrazó con Campos, y dispusieron los trabajos de sitio.

Dorregaray celebró en Villarluengo consejo de jefes, á los que expuso el estado en que se encontraba el ejército y el país, invadido y arruinado; la crítica situación que se atravesaba, derrotadas las fuerzas, sin poderlas racionar y sin cartuchos; que se había llegado á tal estado por falta de auxilios, carencia de municiones y prevista invasion del territorio por las fuerzas enemigas, manifestando que era preciso acordar una solución que salvara al ejército. Conformes todos en marchar al Norte para cambiar el armamento y regresar al Centro, se discutió por dónde había de efectuarse la marcha, se acordó fuera por el alto Aragon, y se avisó á Cantavieja y al Collado que clavaran los cañones, salieran de los fuertes y se incorporaran á las fuerzas que quedaban operando, que eran dos batallones de Aragon distribuidos en partidas, además de la mayor parte de las que allí operaban, y en Valencia y el Maestrazgo las de aquellos distritos.

Despues de sufrir Cantavieja siete dias de sitio, defendiéndose bizarramente los sitiados, que rechazaron un asalto con grandes pérdidas de los asaltantes; capituló. Pretendieron primero los carlistas salir con los honores de la guerra y quedar libres con armas y bagajes, y se estipuló al fin que la guarnición sería canjeada en cuanto tuvieran prisioneros con quienes rescatarlos, pudiendo vivir los jefes y oficiales en Zaragoza ó Valencia. La valiosa conquista de Cantavieja produjo 200 bajas al ejército liberal, no siendo mucho menores las de los carlistas, por el nutrido y sostenido fuego de cañón á corta distancia. Se arrojaron á la plaza unos 3,000 proyectiles.

Existía en el interior de la provincia de Valencia, y en la parte mas quebrada de las ásperas montañas de Chelva y en el pueblo de Alpuente, el fuerte del Collado, construido en una alta y cónica montaña, á cuya defensa natural agregaron los carlistas algunas obras notables; pero en breve le ocuparon los liberales, quedando en su poder 327 prisioneros y dos cañones. Con esta conquista se completó la fácil pacificación del Centro, pues las partidas que quedaron se fueron extinguiendo poco á poco.

Marchó el ejército carlista del Centro á Cataluña, pasando á trece horas de Navarra, sin que las fuerzas que les perseguían pudieran cortarles ni alcanzarle antes de verificarlo, abrigando solo la esperanza, no realizada, de que la brigada de Lérida se hubiera situado sobre el Noguera Ribagorzana, para impedirle el paso. La persecución no estuvo debidamente ordenada; se dirigió algunas veces desde Madrid y se cometieron graves faltas.

Desde Sagunto fué Campos de capitán general á Cataluña y general en jefe de aquel ejército: tomó algunas disposiciones políticas sobre indulto á los desertores, neutralización de las vías férreas y abolicion del sistema de represalias, fundando en cambio el de devolución de prisioneros, heridos y canjes periódicos, lo cual era variar el aspecto de la guerra, proscribir sus horrores y establecer toda la humanidad posible en esa calamidad odiosa.

Aunque al comenzar el año de 1875 se hallaban los carlistas catalanes tan divididos ó mas que antes, continuaron sus operaciones sin orden ni concierto, se apoderaron de la importante y rica villa de Granollers, capital del Vallés, si bien no pudieron rendir á los decididos defensores de la iglesia y cuartel: y el ser de noche la invasion y el embriagamiento de los invasores, fué causa de punibles excesos, de criminales atropellos y hasta de actos de feroz barbarie y crueldad. Peleóse tenazmente en Prades: la cuestion de mando, conferido casi simultáneamente á Tristany y Lizárraga, produjo nuevos disgustos, no agradando á todos la jefatura que se